

EL LABORATORIO DE QUÍMICA

Lema: Proust

Louis Proust se levantaba todos los días temprano, recorriendo en un par de minutos el camino que le llevaba desde la Canonjía Vieja al Real Colegio de Artillería y al Laboratorio de Química, su lugar habitual de trabajo. Llevaba ya más de una década en aquella hermosa ciudad, sintiéndose como uno más. A sus cuarenta y tres años había encontrado un lugar donde seguir con sus investigaciones alejado del bullicio.

Era este un país que le gustaba a pesar de los continuos roces con la Inquisición que siempre recelaba de él y de sus libros, que veían como peligrosos. Monárquico como era, no veía con buenos ojos los cambios producidos en su Francia natal tras la Revolución Francesa y el posterior ascenso de Napoleón Bonaparte. Así que estaba dispuesto a quedarse en Segovia.

Además, no hacía mucho había conocido a la joven Anne Rose Chatelain, francesa como él, de familia acomodada y ciertamente hermosa, podría tener poco más de veinte primaveras. Fue en una fiesta con motivo del fin del curso académico de 1798, poco antes del verano. Venía acompañada de su padre, don Jean Chatelein. Hasta ese momento había estado muy ocupado con sus investigaciones y apenas se había fijado en las mujeres, pero con Anne había sido lo más parecido a un flechazo o, como él decía, «un interesante proceso químico que altera la lógica humana». En poco más de seis meses ambos se habían casado en la iglesia del convento de san Francisco.

Había llegado a Segovia en 1786 de la mano de su amigo Lavoisier por petición del conde de Lacy, director del Colegio. No pudo conocer a don Francisco Antonio por mucho tiempo porque este marchó a Barcelona como Capitán General de Cataluña y allí falleció poco

antes de estallar la Guerra del Rosellón. Con quién sí granjeó amistad fue con don Tomás de Morla, profesor de táctica en el Colegio y amante de la ciencia como él. Tras servir en el Rosellón, llevaba un par de años de vuelta en Segovia, allí estaban investigando los dos acerca de un nuevo artefacto basado en los cohetes de Mysore y que permitía lanzar a distancia una carga explosiva.

—Buenos días, don Tomás. Se ha levantado usted temprano. —Louis se desenvolvía en un buen castellano, apenas sin acento.

—Llevo toda la noche dándole vueltas a nuestro cohete. No termino de ver la forma de que podamos cargarlo con más de veinte libras de explosivo. Con más peso el artefacto no logra levantar el vuelo. —Además de su amor por los procesos químicos relacionados con la artillería, ambos soñaban con artilugios voladores. Habían participado años antes en los cálculos de los primeros vuelos aerostáticos militares que fascinaron al mismísimo rey Carlos IV en noviembre de 1792, justo antes de tener que marchar don Tomás junto a su ayudante, Pierre Mauvais, al Rosellón.

—Debemos buscar la proporción adecuada, amigo Tomás.

—Usted siempre con sus proporciones, don Luis. —Así le llamaban en Segovia—. Me gustaría tratar con usted un tema pero tiene que ser en privado ¿Le parece tomar algo en el *Café La Promesa*? A las una, yo le invito.

—Por supuesto, allí nos veremos. —La invitación le dejó intrigado, pero su prudencia le dijo que ya se enteraría en su debido momento. Le gustaba andar, así que un paseo por la ciudad le vendría bien.

A la hora convenida, Louis Proust se acercaba a la plaza del Azoguejo, bajando desde la Plaza Mayor por la calle Real del Carmen. Por muchas veces que había hecho este camino

a lo largo de los años, no dejaba de quedarse fascinado por la imponente visión del acueducto romano que, aunque parcialmente tapado por las casas medievales, se elevaba por todo el frente como un coloso de piedra de casi dos mil años de historia. El lugar de encuentro estaba a la derecha de la plaza, enfrente de la iglesia de santa Columba. Una vez dentro, pudo ver a Tomás Morla sentado a la derecha. Tras pedir una botella de vino tinto y unos aperitivos, se dispusieron a hablar.

—Don Luis, hay un asunto que quisiera tratar con usted. Ha llegado a mis oídos que la Inquisición anda de nuevo detrás de sus escritos.

—Eso no es nada nuevo. Ya pusieron muchas trabas cuando quise construir el laboratorio. Si no hubiera sido por el apoyo del difunto don Francisco de Lacy quizás nunca se hubiera terminado.

—Sí, pero él no está ahora para protegerle. Era un gran hombre y mejor oficial.

—Es cierto. Nunca se aclararon las circunstancias de su muerte, justo antes de la Guerra del Rosellón.

—Con él al mando de nuestros ejércitos el final de la guerra hubiera sido otro. Perdón, don Luis, no recordaba que usted es francés.

—Sí que lo soy, pero no me gusta nada Napoleón. Ojalá el conde de Provenza pueda acabar con ese malnacido y volver a reinar un borbón en mi amada Francia.

—¡Que así sea! De todos modos, no me fío de mi ayudante —dijo Tomás de Morla.

—Ya lo hemos hablado en más de una ocasión. Hace tiempo que ambos sospechamos que le está pasando información a Francia. Desde el primer día su llegada ya nos levantó suspicacias, pero venía muy bien recomendado y es un químico prometedor. Así que, mientras lo tengamos bajo control, no creo que sea un problema.

—Pues alguien le tiene que estar pasando la información a fray Raimundo de Sepúlveda. Ese dominico le tiene en el punto de mira desde que llegó usted a Segovia. Tan solo le digo que tenga usted cuidado.

—Le agradezco el consejo, tendré cuidado. Y ahora brindemos con este excelente vino de la tierra.

—A su salud, don Luis. Aunque algún día le daré a probar un vino de mi tierra, Jerez.

Un par de semanas más tarde, Louis Proust estaba en su laboratorio junto a Pierre Mauvais, ayudante de Tomás Morla, que se había ausentado para sus clases de táctica en la Escuela. Absorto en sus tubos de ensayo, no se percató de la inesperada visita hasta que éste le dirigió la palabra.

—Buenos días, don Luis.

—Buenos días, fray Raimundo. —Aunque no era la primera vez que lo visitaba, siempre al acecho de algún indicio para poder incriminarle, esta vez notaba algo distinto en el semblante del religioso. Con su hábito blanco y capa negra, la cabeza rasurada con la clásica tonsura y una larga barba blanca; tenía un aspecto bonachón, nada más lejos de la realidad— ¿A qué debo su visita?

—No me andaré con argucias. Ha llegado a mis oídos que tiene usted en su biblioteca libros prohibidos.

—Nada más lejos de la realidad, todos mis libros son de índole científica. Su Majestad está al tanto de esto y ya sabe usted cómo terminó la última vez que intentó incriminarme por esto, Reverendísimo Padre. —Luis dijo estas últimas palabras con cierto tono de sorna, confiado como estaba de la protección del rey.

—No me refiero a eso, me han informado que tiene usted un ejemplar de *La Tragicomedia de Calisto y Melibea*, la que los impíos conocen vulgarmente como *La Celestina*, libro que está expresamente prohibido en el último índice —dijo el fraile con firmeza.

—Nunca he oído hablar de ese libro.

—Entonces no le importará que eche un vistazo a su biblioteca.

—Siempre que esté yo presente, no tengo inconveniente.

Fray Raimundo, Louis Proust y el ayudante se dirigieron a la biblioteca particular del científico francés, una de las mejores del mundo en temas de química. El fraile comenzó a buscar. Con el paso de los minutos el semblante del religioso se fue ensombreciendo, incapaz de entender la mayoría de los textos que ojeaba, mientras que el químico empezaba a dibujar una sonrisa burlona. Fray Raimundo dirigió entonces una mirada inquisidora al ayudante, que señaló con disimulo hacia una de las estanterías. Louis se dio cuenta de este hecho y se quedó sorprendido. En esa repisa había un libro que no había visto nunca. Se trataba, en efecto, de una edición de un libro titulado *La Tragicomedia de Calisto y Melibea*, editado en Madrid en 1633, y que Louis no había visto nunca.

—Vaya, don Luis ¿qué me puede decir de este libro?

—No lo he visto en mi vida, alguno de mis ayudantes o alumnos lo debe haber dejado ahí por algún motivo.

—No le creo, este libro es suyo.

—Le repito que no he visto ese libro en mi vida. No tiene ninguna prueba.

—Eso ya lo veremos. —El fraile salió a toda prisa de la biblioteca con la impresión de que tenía a su enemigo contra las cuerdas.

En la sala se quedaron solos el químico y el ayudante justo cuando Tomás de Morla entró con aspecto preocupado.

—Acabo de enterarme de que ese malnacido de fray Raimundo de Sepúlveda ha estado aquí.

—En efecto, acaba de irse hace un par de minutos. —El químico pasó a contarle al artillero todos los detalles de lo que había sucedido, mientras el ayudante miraba con una extraña cara, mezcla de miedo y odio.

—Le advertí de lo peligroso que era este personaje y de que alguien le debe estar informando. —En ese momento la mirada de Tomás de Morla se dirigió hacia el ayudante. Hacía meses que sospechaba de él, había notado un cambio en su actitud.

—Tenía usted razón. Acabo de ver como Pierre señalaba hacia el lugar donde estaba el libro convenientemente escondido ¿Acaso lo niega? —dijo Louis mirando fijamente al ayudante con una mezcla de enfado e incredulidad. Lo había tratado como un hijo todos estos años. A pesar de las sospechas de que pasaba información a Francia, era un prometedor químico que le había ayudado en todos sus proyectos.

—No sé de qué me está hablando, señor.

—Le he visto. Le he tratado como a un hijo y me lo devuelve así. Incluso le presenté a Charlotte Chatelain, una joven de buena familia. —En ese momento pudo ver cómo el semblante del ayudante se tornaba sombrío.

—Usted siempre dejándome las migajas. Yo, un químico brillante, tengo que soportar cómo se lleva usted todo el mérito. Y encima me roba a Anne, la que tenía que haber sido mi prometida ¿No le da vergüenza? ¡Podría usted ser su padre!

—¡No voy a tolerar sus palabras Pierre! La honorabilidad de Luis está fuera de toda duda. Es uno de los científicos más brillantes del mundo y usted solo un aprendiz —intervino Tomás de Morla con evidente enfado.

—Me decepciona usted. No tengo que darle explicaciones sobre mi amor por Anne Chatelain. Además, ella me corresponde, de eso no me cabe duda, me dio su promesa en el altar. Así que siento que usted no haya sido correspondido.

—¡Ella tendría que haber sido mía! ¡Es usted la vergüenza de la revolución! Si Napoleón le pudiera echar el guante a buen seguro que le pasaría por la guillotina. Llevo años deseando que llegue ese día. Pero ahora parece que tendré que encargarme yo mismo.

—¡No le tolero esas palabras! ¡Maldito sea! —Tomás de Morla se echó la mano al cinto, pero no llevaba su espada. En ese momento, Pierre Mauvais salió corriendo a través del laboratorio, tirando a su paso varios botes de cristal llenos de productos químicos, provocando una explosión que llenó la habitación de un humo verdoso y aprovechando la confusión para huir.

—¡Deténgase aquí, don Tomás! Esas sustancias son altamente venenosas. —Pierre agarró del brazo con fuerza a su aguerrido amigo, probablemente acababa de salvarle la vida.

Un par de días después, Louis Proust se encontraba de nuevo caminando hacia la plaza del Azoguejo aunque con distinto destino. Había sido citado por fray Diego de Soria, prior del convento de San Francisco por lo que, llegado a la plaza se desvió por la calle San Francisco para llegar, tras un par de minutos de caminata, al exterior del edificio conventual. A diferencia de su tormentosa relación con el inquisidor, gozaba de una buena amistad con el fraile franciscano, incluso éste había oficiado su matrimonio tan solo un mes antes.

Fray Diego lo esperaba paseando por el claustro bajo, un austero recinto cuadrangular de galerías porticadas con sencillas columnas lisas que soportaban arcos carpanel. El claustro superior seguía el mismo esquema, aunque los arcos eran trilobulados.

—Buenas tardes, Reverendísimo Padre —dijo Louis.

—Paz y bien, don Luis. Le agradezco que haya venido con tanta presteza, pero el asunto merece de su total atención. —Al llegar a la panda este, entraron en la biblioteca del convento—. Le he llamado porque ha llegado a mis oídos que fray Raimundo de Sepúlveda está tramando contra usted, quiere convocarlo oficialmente para el Tribunal de la Santa Inquisición.

—Lo sé, uno de los ayudantes de nuestro laboratorio me tendió una trampa, dejando un ejemplar prohibido mezclado entre mis libros. Pero eso no es prueba suficiente.

—Hay más, parece ser que hay un testigo que afirma que ese libro es suyo.

—Ese debe ser Pierre Mauvais, ayudante de don Tomás de Morla. Está despechado por no ser correspondido por mi esposa.

—Nunca entenderé lo que el amor hace en los jóvenes. Pero hay más. El mismo testigo afirma que está usted robando huesos del cementerio con el objeto de preparar un ritual de invocación al diablo.

—¡Eso es totalmente absurdo! —Louis no sabía si enfadarse o tomárselo a burla.

—Eso mismo pienso yo. Pero creo que lo mejor sería que se ausentara durante un tiempo de Segovia. Ya le he escrito a fray Antonio de Lebrija, confesor real, a este respecto. Lo mejor es que pase una temporada en Madrid bajo la protección de Carlos IV hasta que todo esto quede aclarado.

—¡Pero no es justo! Todos los cargos son falsos. Si llega el momento demostraré mi inocencia.

—Sería su palabra contra la suya y la de los testigos que a buen seguro buscará a cualquier precio. El asunto se podría dilatar por meses y mientras su reputación estaría en peligro.

—Me está pidiendo que abandone la ciudad que amo y el laboratorio que con tanto esfuerzo me costó levantar.

—No se lo diría si no fuera estrictamente necesario. En Madrid podrá seguir con sus trabajos y volver en cuanto esto se aclare.

Decepcionado y triste, Louis Proust abandonó Segovia hacia La Granja de San Ildefonso, camino de Madrid, en enero de 1799. Le acompañaba su esposa, Anne Chatelain, y lo que pudo acarrear de sus libros y pertenencias más preciadas. Lo más duro fue dejar la Escuela y su Laboratorio, para él eran su hogar. Dejó en Segovia numerosos amigos, especialmente su colega, el teniente de artillería Tomás de Morla.

—Le prometo que haré justicia, ese malnacido pagará por lo que le ha hecho. Le he puesto a un par de cadetes de confianza que le siguen día y noche.

—Tenga cuidado, es peligroso. Debería volver a su Jerez natal como tantas veces le he escuchado.

—Eso haré, pero no antes de ocuparme de este canalla. Se lo prometo.

Aquella misma tarde, Tomás de Morla estaba en su despacho en la Escuela revisando los papeles encontrados en la casa de Pierre Mauvais. Él mismo había realizado el registro junto a sus cadetes, revisando palmo a palmo la estancia del traidor. Había estudiado francés en los dominicos de su Jerez natal antes de ingresar en la Escuela de Artillería de Segovia, así que no tenía problema en entender la numerosa documentación localizada. Tras horas de revisar documentos quedaba claro lo que ya sospechaba. Pasaba información a los revolucionarios franceses, incluso había hecho pasar alguno de los

descubrimientos de Luis Proust como suyo propio. «Maldito traidor», pensaba Tomás para sus adentros.

Pero no se trataba solo de asuntos de ciencia. Era un auténtico espía que enviaba todo tipo de información sensible a Francia. Entre sus papeles, en un compartimento oculto de un escritorio de madera, había una carpeta denominada «Lacy». En ese momento recordó cómo Pierre Mauvais le acompañó a Cataluña junto al capitán general. Al abrirlo se cayó una carta del comandante La Houlière dirigida al espía que decía lo siguiente:

«Acuso recibo de su amable carta enviada desde Barcelona el pasado 2 de enero de 1793. Me complace leer que pudo usted liquidar el asunto Lacy con total discreción. Ya le comentamos en la anterior misiva que el agua tofana da resultados muy satisfactorios y es indetectable para los profanos. Le encomendamos que, en cuanto tenga ocasión, vuelva a Segovia y se aproxime a Louis Proust, informándonos debidamente de todos sus avances. Manténgase seguro y siga reportando periódicamente. Suyo afectuosamente. Matheu de La Houlière».

A Tomás de Morla le dio un vuelco el corazón. El agua tofana es un veneno mortal, de apariencia transparente y hecho a base de arsénico. ¡El capitán general Lacy había sido asesinado!

Justo en ese momento, el cadete Fernández de Córdoba entró en su despacho.

—Mi teniente ¿da su permiso?

—Concedido.

—Hemos sabido que Pierre Mauvais se dispone a salir a caballo de Segovia con destino a La Granja de San Ildefonso. Desconocemos cuál es el motivo de su marcha. —Pero Tomás de Morla sabía qué es lo que iba a hacer: ¡Intentaría matar a su amigo Luis!

En un instante, pidió su caballo y se lanzó en persecución del criminal. A pesar del tiempo invernal, hacía semanas que no nevaba y el camino estaba seco. Contaba con el factor sorpresa, por lo que quizás lo pudiera alcanzar antes de que fuera demasiado tarde. Tan solo había apenas tres horas a caballo entre ambas localidades, así que debía darse prisa.

Tuvo suerte. Encontró su caballo detenido en una posada a la salida de la ciudad, justo al final de la calle del Romero antes de enfilarse la calle de Los Cañuelos, cerca del convento de santa Rita, allí donde los arcos del acueducto se van reduciendo hasta casi poder tocar sus claves. Y, nada más detenerse y bajar del caballo, lo encontró. Le dio tiempo a sacar su espada y apuntarle al pecho antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando.

—¡Te tengo, maldito bribón! ¿A dónde vas?

—¿Qué está haciendo? ¡Yo no he hecho nada! Iba a salir de paseo.

—No mientas, sé que ibas a La Granja.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—Sé lo que ibas a hacer, también yo tengo soplones, no eres el único. Ibas a por Luis Proust. Además, sé lo que hiciste en Barcelona hace unos años. Yo te había confiado mi amistad, te tomé bajo mi protección. Pero era todo una mentira, tan solo eras un espía intentando sacarnos información. —El semblante de Mauvais se puso serio. Lo habían descubierto. Estaba en peligro—. Pero lo que nunca te perdonaré es lo del capitán general Lacy. Era mi amigo.

—No sé a qué se refiere. Falleció de muerte natural, todos lo saben.

—He visto la carta. Se ve que dentro de tus capacidades está la de fabricar agua tofana ¡Maldito asesino!

Todo sucedió muy rápido. Pierre Mauvais sacó de su bolsillo unos polvos a base de pólvora y se los lanzó a la cara a Tomás de Morla. Este quedó temporalmente cegado. Lo siguiente que escuchó fue el sonido del arma del oponente desenvainándose. El teniente español estaba en peligro. Hombre de armas, curtido en mil batallas, no dejó que los nervios o el miedo le vencieran y puso toda su concentración en escuchar los movimientos del enemigo. Decidió tomar el mando de la situación.

—Veo que sigues siendo un cobarde.

—No diré lo mismo cuando le haya atravesado con mi espada —contestó Pierre.

—No me extraña nada que Anne le eligiera a él. Todo un científico reputado. —Pudo sentir como la respiración de su oponente se aceleraba. Lo sentía, estaba un poco a su derecha, pero lejos de su alcance, todavía no podía ver nada en absoluto—. Tú en cambio, no eres nadie. Un simple aprendiz a la sombra de alguien mucho mejor que tú. Un don nadie que no recordarán los libros de historia.

—¡Cállate maldito, tú que sabrás! Ella será mía. —Pierre Mauvais estaba enfureciendo.

—Ella nunca se casaría con gentuza como tú. Una vez la escuché bromear sobre tus malos modales y decir que solo te querría para limpiarle las cuerdas. —En ese momento, Tomás de Morla se echó a reír. Eso terminó de enfurecer a su oponente que se lanzó, cegado por el odio, a asestar un golpe mortal a su adversario.

—¡Muere, maldito español!

Lo pudo escuchar perfectamente, casi sentirlo. «Enemigo a las dos», se dijo. Con un ágil movimiento de cintura, fruto de años de entrenamiento militar, esquivó a su oponente para, acto seguido, lanzar su espada con toda su fuerza. Era o todo o nada, y el valiente soldado español no se iba a acobardar en ese momento. Sintió como el filo de su espada se hundía en la carne del oponente, el cual cayó inerte al suelo.